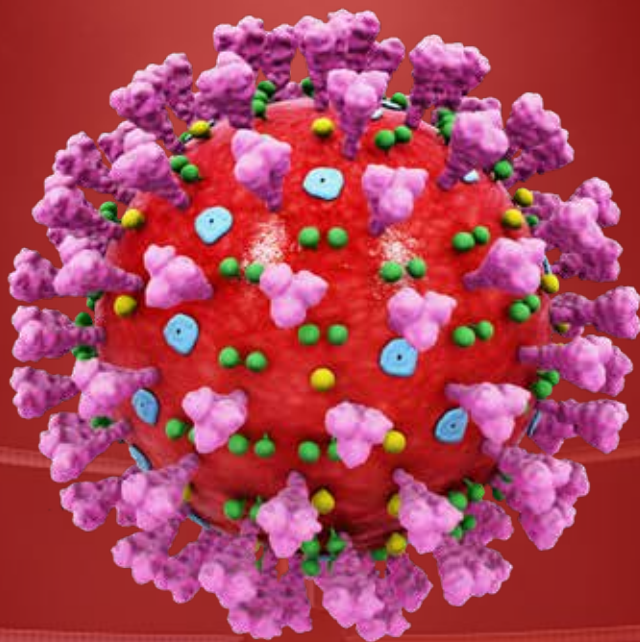


CONCURSO SEMANAL DE CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



Sonia Evangelina Alcantar

Diana Hernández

Jorge Pedro Uribe

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA GENERAL

Aída Patricia Arenas Chiang

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

Crónicas de un virus sin corona

Sonia Evangelina Alcantar
Diana Hernández
Jorge Pedro Uribe

Ganadores de la semana
del 23 al 27 de marzo de 2020

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO
DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA
Dr. García Diego, 168,
col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,
06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Primera semana

Disgusto en conocerlo

Sonia Evangelina Alcántar Jaime

Allá lo vi y aquí lo traté. Me entregué a sus brazos sin saber que me seguía. Creí escapar, pero ahora está a mi lado...

A la media noche del 26 de enero llego al aeropuerto de Singapur con destino a Hong Kong —una semana más entre protestas y estaré de vuelta en México—, recuerdo —¿Por qué entregan mascarillas gratuitas? Qué bueno que compré la de tela en Vietnam—. Aparento estar a la moda asiática de la prevención y cuidado. Total: donde fueres, haz lo que vieres. Nadie sospecha que me es incómodo usarla. Es más, noto su molestia al quitármela para comer. ¡Qué raro! Es el primer aeropuerto cuyos pilotos y aeromozas no entran sin protección. ¿De qué me perdí? ¿Será algo relacionado con él?

Conecto mi celular a la fuente de energía; será una larga noche para revisar con fino detalle la trayectoria del enigmático coronavirus. Hacía casi un mes leí por primera vez de él, a finales de diciembre, para ser precisa. Después de los primeros minutos, los mensajes de mis amigos cobraban sentido. El Covid-19 dejaba muertos y contagiados en los países que visitaba. ¡Vaya ingenuidad la mía! La arrogancia del falaz conocimiento en los medios de comunicación me invadió. —Es un problema real en una dimensión alentada por el amarillismo—, concluí una semana atrás. ¡Vaya desdén mío anteponer la discusión de rivalidades políticas minimizando la penumbra que arrastraría! No sé si lo ignoraba... o realmente quería ignorarlo.

La ciudad de siete millones de habitantes la percibí de tres. ¡Inusual! En toda mi estancia académica las calles de Hong Kong se inundaban de manifestantes entre consignas pro-democráticas cada domingo por la tarde. En esta ocasión, solo a unos cuantos se les veía caminar; sus cubrebocas mudaron la función de cubrir su identidad por cubrir su sanidad. Bibliotecas, parques, plazas públicas y algunos restaurantes que

solía frecuentar... todo cerrado. Raro es ver a alguien sin cubrebocas, regularmente son extranjeros. No puedo ver a mis amigos, no puedo despedirme mis conocidos: están encerrados en sus casas, están en cuarentena...

—Solo una semana, solo una semana, solo una semana más—. Los mensajes de amigos y familiares velando por mi bien aumentan. Comienzo por documentar en redes sociales la vida desde acá. El impacto es tal que mis amigos de la prensa local de Tijuana me llaman para escribir sobre mí. Vivo en una extraña distopía: un áspero cambio más allá de la diferencia cultural; una diferencia por la salud, el contagio y la muerte. Me encontraba en los brazos del país epicentro, pero no en su corazón.

Cada día es más largo que el anterior. La rutina se rompió. Todos nos vemos con temor. Hallé a cientos de personas haciendo filas por una caja de cubrebocas en las farmacias. Compré para cubrir toda la semana, en mi país son más baratos. Es un desabasto ordenado. Saldrán de esta situación, ya lo han hecho antes. Pero entra el nerviosismo: las portadas de revistas, diarios, la vida social, las pantallas

públicas, los noticiarios y mis redes sociales apuntan al Covid-19. No veo, leo o escucho de algo más.

Al fin, 2 de febrero. De vuelta a México, no sin antes pasar al «otro lado», como decimos en la frontera. En Estados Unidos la revisión migratoria siempre es más exhaustiva. ¿Qué me harán? ¿Sabrán que vengo de Hong Kong! ¿Sabrán que entré a China continental! ¿Y si saben que estuve en Beijing? En fin, prefiero estar en cuarentena dentro de mi continente. Llego al aeropuerto: «Vuelo HKG/LAX192 CANCELADO».

Con pánico reprimido encuentro un espacio en otro vuelo sin costo adicional. La beca que con mucho esfuerzo conseguí no rendiría para más. Es el momento final —otra noche en el aeropuerto; aserá la última, espero—. Pasan las horas en soledad. Nadie quiere acercarse, ni yo a ellos. El tablero de salidas está en rojo. No entiendo nada del noticiario en mandarín. Quiero quitarme el cubrebocas, ya me duelen las orejas del uso diario, pero no puedo hacerlo. No quiero ser discriminada, no estoy enferma, pero si lo estoy... declino a ser la portadora del virus en mi país. Afortunadamente

reforzaron la seguridad. He contestado todas las preguntas sin que otros me escuchen, y conozco la temperatura exacta de mi cuerpo. Estoy preparada para toda la exhaustiva revisión de Estados Unidos.

En el avión nadie quiere hablar, ni siquiera por amabilidad. Catorce horas de vuelo son más que suficientes para haber sido infectado. Al menos ya Los Ángeles. ¡Qué día tan largo! Otra vez es 2 de febrero. ¿Qué está pasando? Solamente en mi avión portamos cubrebocas y mantenemos distancia. Los agentes de migración tienen cubrebocas, pero colgando de una oreja. Jamás respondas más de lo que preguntan en migración. Pero ¿acaso no saben de la contingencia? ¡Qué locura! ¡Revísenme bien! ¡No quieren tomar mi temperatura corporal? ¡No más preguntas de mi viaje a China? ¡No? ¡Gracias!

Al fin cruzo a México. Su desinterés en la seguridad de los nacionales me es familiar. No revisan mi pasaporte, ni el auto, ni a mis acompañantes. No tienen idea que estuve en Asia. En el cruce veo el letrero que advierte no pasar droga por la frontera, pero no menciona nada sobre un virus. Ay,

México, mi México, siempre me haces reír. Te extrañé. Ya puedo quitarme el cubrebocas. Soy tuya.

Nada. El Covid-19 es temor en sus discursos, pero no les ha alcanzado. No saben lo que viví, así como no sé lo que viven en Wuhan. El peligro está en otro lado; afuera; mañana. Ya puedo descansar. Ya pasará.

- 27 de febrero: Confirman el primer caso de coronavirus en Estados Unidos.
- 28 de febrero: Confirman primer caso de coronavirus en México.
- 18 de marzo: Suspensión oficial de clases en México.
- 19 de marzo: Primer muerto por Covid-19 en México.
- 24 de marzo: México entra a Fase 2 de la pandemia del coronavirus.
- 26 de marzo: Estados Unidos es el epicentro de contagios de Covid-19.
- 27 de marzo: 585 casos confirmados en México y 8 fallecidos. 20 casos confirmados en Baja California, 10 de ellos en Tijuana.
- 30 de marzo: Las cifras suben.

El peligro de mi ayer, que veía en el mañana, es hoy. Allá lo vi y aquí lo traté. ¿Covid-19? Ya tengo el disgusto en conocerlo. Me entregué a sus brazos sin saber que me seguía. Creí escapar, pero ahora está a mi lado... y tal vez en mí.

SONIA EVANGELINA ALCÁNTAR JAIME es Maestra en Estudios del Desarrollo Global y Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Baja California, México. En su experiencia profesional se ha desempeñado como periodista del diario regional «El Mexicano», y ha sido *community manager* coordinando los servicios digitales de información. Así mismo se desempeñó como asistente de investigación de El Colegio de la Frontera Norte (Colef), donde participó de actividades administrativas y académicas del ámbito de la investigación. Actualmente estudia el doctorado en Estudios del Desarrollo Global y es profesora de la UABC.

Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Primera semana.

La ceguera en tiempos de coronavirus

Diana Hernández

I

Cuando las noticias sobre un nuevo coronavirus comenzaron a publicarse, los mexicanos nos sentíamos a salvo: era difícil pensar que algo que se encontraba a un océano de distancia llegaría hasta nosotros. No pensábamos en los vuelos intercontinentales, y mucho menos en los pacientes —asintomáticos o no— que acortaron la distancia entre China y América. Escrito (digerido después de leer mil veces las formas más comunes en las que se ha propagado el virus) parece algo evidente. Sin embargo, la obviedad del hecho no hubiera saltado a nuestra vista si la normalidad en la que vivíamos no se hubiese interrumpido.

II

Hay un término muy usado en los estudios literarios para analizar los mecanismos por medio de los cuales el lector recibe e interpreta una obra: «paratexto». Un paratexto es un elemento que no forma parte de la obra en sí, pero que, de alguna manera, le dice al lector qué es y cómo debe entender el artefacto cultural que tiene en sus manos. Por ejemplo: la categoría «poesía» pegada en los estantes y en las portadas de los libros hace que el receptor suponga que el texto no es una narración donde habrá personajes y conflictos por resolver, sino una serie de versos donde el autor depositó metáforas cargadas de emociones (o emociones cargadas de imágenes cuidadosamente metrificadas).

El paratexto que nosotros tenemos aquí, ahora, pegado a nuestros cabellos y a los teclados de nuestras computadoras, es la etiqueta «contingencia». Gracias a él, nuestro artefacto-vida dejó de ser leído como una trayectoria más o menos homogénea, y se convirtió en un latente presentimiento de catástrofe.

Creo que, dentro de nuestro imaginario, las catástrofes siempre son representadas como algo veloz y contundente: el choque de un meteorito, un tornado arrancado un árbol de raíz, un tsunami rompiendo los cristales y arrastrando las casas por carreteras destrozadas. Nunca nos imaginamos que la tragedia nos encontrará tirados en la cama revisando Twitter. Peor aún: nunca pensamos en la posibilidad de que eso, nuestro sedentarismo habitual, se convertiría en algo a lo que tuviéramos que atarnos para no hacer colapsar el sistema de salud a nivel nacional. Ahí está el truco del paratexto: estimado lector, recibe ahora la comodidad del sofá como un aislamiento obligatorio, y no como un descanso después de trabajar.

III

Las tragedias no siempre son ni puntuales ni transparentes. Como el miedo. Cuando tememos, lo hacemos a ciegas. No sabemos a qué ni por qué ni cuando dejaremos de temer.

Antes de que *todo es(t)o* empezara, había dejado de usar Facebook por la enorme cantidad de información que

circula a diario por la red social (y, también, por la enorme cantidad de usuarios insultándose o defendiendo sus afiliaciones políticas hasta el linchamiento virtual). En contra de mi voluntad, tuve que reactivar mi cuenta para estar al pendiente de un grupo de alumnos a los que doy clases algunos fines de semana. *You know how it works*: una vez adentro, no puedes parar. Videos de perros, memes de Karl Marx y Britney Spears, noticias sobre el avance del covid-19 en territorio nacional. Y, claro, lo que no puede faltar: comentarios poniendo en duda la realidad del asunto. ¿Y si el coronavirus no es más que una invención para desestabilizar a la sociedad? ¿Y si fueron los gringos? «¿A cuántos infectados has visto tú?»...

No sé si sea por la permeabilidad de mi mente. No sé si todas las personas que están en contingencia se pregunten lo mismo, pero, ¿qué tal si todas esas posibilidades tienen algo de cierto? Desde hace tiempo, vivir en este presente es como habitar un simulacro constante, en donde los medios de comunicación, el internet y las instituciones estatales juegan un papel central: Ozzy Osbourne regresa de la muerte

para aclarar que Ozzy Osbourne nunca estuvo muerto; el presidente de México aclara lo que dijo en «la mañanera» porque lo descontextualizaron en un diario de difusión nacional; el mismo presidente anuncia tratados de comercio mientras, afuera, en su discurso oficial, tacha al neoliberalismo como el peor de los males de la humanidad. Tal vez por eso, una parte de nosotros se resiste a creer al cien por ciento las notas sobre el covid-19, los hospitales saturados y la emergencia sanitaria en Estados Unidos. Pero, si salimos a la calle, ¿realmente no nos pasará nada?

Siempre que tememos lo hacemos a oscuras, a la luz de la pantalla del celular. En este caso, ¿a qué debemos tenerle miedo? ¿A la recesión económica y a los extendidos cierres de fronteras? ¿Al que estornuda en la calle sin taparse con la parte interior del codo? ¿O a las toneladas de notas periódicas que nos tienen en un estado de aturdimiento cuasi permanente? Entre todas estas incógnitas, la única certeza que tenemos es el deseo de normalidad (una normalidad no menos desastrosa, pero un poco más transparente que esta pandemia).

DIANA HERNÁNDEZ (Pachuca, 1994). Egresada de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas por parte de la UNAM. Actualmente se desempeña en el ámbito de la docencia, aunque también mantiene un proceso constante de creación literaria. Hidalguense de nacimiento, capitalina —a veces— por convicción.

Tercer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Primera semana.

Desde Cuba 78

Jorge Pedro Uribe Llamas

¿Qué significa que las tiendas de vestidos para novias sigan abiertas el día en que la Secretaría de Salud federal anunció el inicio de la fase 2? Miro por la ventana, menos gente que de costumbre, pero aún hay quien entra y sale de estos comercios tan característicos de la calle de Chile: las típicas familias con el marido resignado y la abuela opine y opine, a paso lento y en bola, etcétera.

La tradición señala a un tal bordador Amaya como iniciador de esta vocación textil en el barrio de la Lagunilla, un hombre que según cierta placa colocada por Jorge Enciso hace cosa de un siglo habría tenido su taller hacia 1590 en la descuidada construcción que hace esquina con Mariana Rodríguez del Toro. ¿Será posible que ya desde entonces se

haya mercado en la zona con ropa de casamiento —y bautizo y primera comunión y quince años— de forma ininterrumpida? Esto último nos hace pensar en una industria capaz de sobrevivir a cualquier epidemia en la historia, e histeria, de la Ciudad de México, a saber: sarampión (1563), viruela (1653), *matlazáhuatl* (1761) y «fiebres misteriosas» (1813), entre otras chorrocientas.

En tales cavilaciones me distraigo cuando contemplo hacia afuera. Las empleadas de los negocios fuman, conversan, se ríen. Alguna barre su enjabonado pedazo de banquetta al abrir o poco antes de cerrar su cortina. Ninguna trae cubrebocas. También desde acá, en el contexto de un encierro voluntario que ya supone consecuencias —la melena portentosa y algo extraña que no se deja peinar, una devoción tranquilizadora hacia la conferencia de las 19:00, la neurosis por el uso creciente de la expresión «en casa», cero mexicana, en redes sociales y mensajes institucionales—, me fijo en la ausencia de la señora que cotidianamente vende tortitas de nata junto a la puerta de Chile 28: creo que es el primer

día que no se presenta a trabajar. Yo ya había bromeado al respecto de que dicha circunstancia representaría un hito, el arranque de una nueva etapa de la crisis.

En un momento determinado veo estacionarse una motoneta promocional, de esas que circulan con un anuncio espectacular en la parte de atrás. El conductor resuelve que justo ahí, donde acostumbra instalarse la dama del delantal y el anafre, es un buen sitio para difundir su mensaje a través de un altavoz. La publicidad corresponde a una casa de empeño que ni lenta ni perezosa se ha propuesto sacar tajada de la situación económica imperante. No es extraño que yo mismo considere: «¿Qué puedo empeñar que represente una cantidad suficiente y evite un aumento de mi línea de crédito?». ¿Libros?

Mensajes en WhatsApp: dos personas cercanas, a escasos grados de separación de mí, acaban de ser hospitalizadas a causa de la COVID-19. Ponderar se vuelve inevitable: una de ellas pudo contagiar a Fulano, con quien estuve en contacto recientemente, y en consecuencia ya seguro infecté a

Menganita y Zutano y sus respectivas redes de manera indirecta. Qué poco importa el dinero en dicho escenario. ¿Empeñar mis libros? He de morir *en mi casa*.

Los capitalinos continuarán casándose. Las casas de empeño lucrando. El necio escritor endeudado al decrecer su número de lectores. *Sic transit* Gloria Trevi.

¿Cómo interpretar que, a diferencia de los locales que logro advertir desde mi departamento, el Cine Venus y el Cinema Río hayan dejado de funcionar a partir de esta mañana?

¿Se encontrará bien de salud la mujer de las tortitas? ¿No será que exagero?, ¿será esto lo conveniente? Durante mis paseos diarios de 20 minutos por las inmediaciones del edificio y un poquito más allá —ni modo, tiene que darme el sol, como a las gallinas— he tenido chance de fotografiar a Julia Klug manifestándose afuera del Palacio Nacional, ahora con acento norteño, pues su discurso actual tiene que ver con la cervecera de Mexicali; saludar a Gema, quien tiene claro que más pronto que tarde se verá obligada a cerrar su Café Río definitivamente (ya se sabe, la especulación inmobiliaria),

muy probablemente el próximo mes; echarme un tequila a toda prisa en el Salón España, como cada viernes, sólo que esta vez cuidando las distancias... Cada que salgo termino dudando si no seré yo el único a piedra y lodo en esta parte del Centro, vaya pandemia solipsista (o privilegiada).

No obstante enseguida recuerdo mis actividades en remisión. ¿Cómo voy a obtener ingresos durante las próximas semanas? ¿A quién puedo dirigir esta pregunta? Los López, tanto el que obra como el epidemiólogo, recibirán sin pausa sus sueldos periódicos, lo mismo aquellos reporteros con los que ya siento alguna familiaridad gracias a las conferencias vespertinas. Los discursos mediáticos suelen referirse principalmente a empleados y empresarios. ¿Y los demás? Los demás somos la mayoría. La motoneta de la casa de empeños ha comenzado a avanzar.

Quién sabe por qué hoy camino hasta el Palacio. Ya no huele a copal en la Plaza Manuel Gamio, ningún turista se atreve a recorrerla. Una protesta se me atraviesa en la entrada por Moneda, todos apelmazados, gritando con las bocas muy próximas las unas de las otras:

—Estamos aquí para denunciar las malas condiciones de trabajo en el ISSSTE.

—Tómele una foto a mi pancarta.

—Yo sé cómo curar el coronavirus, yo pude erradicárselo a un paciente hace 20 años, lo que pasa es que antes se llamaba distinto.

Saludo a una reportera de las conferencias, por lo general lanza preguntas y hasta se sienta en la fila de adelante. Se le nota halagada de que un extraño la reconozca. Le encargo hacerle una pregunta a los señores del estrado. Que no hace falta, ella ya sabe la respuesta.

Un ocaso entre ambarino y dorado me obliga a hacer visera con la mano. Cierro los ojos y de mis vísceras brota una idea teñida de inminencia: «¿Qué va a ser de mí?». Las opciones me las ofrece la noche apenas atravieso la puerta de Cuba 78: o casamiento, o empeño, o *gloria mundi* en el otro mundo. ¡Qué drama!

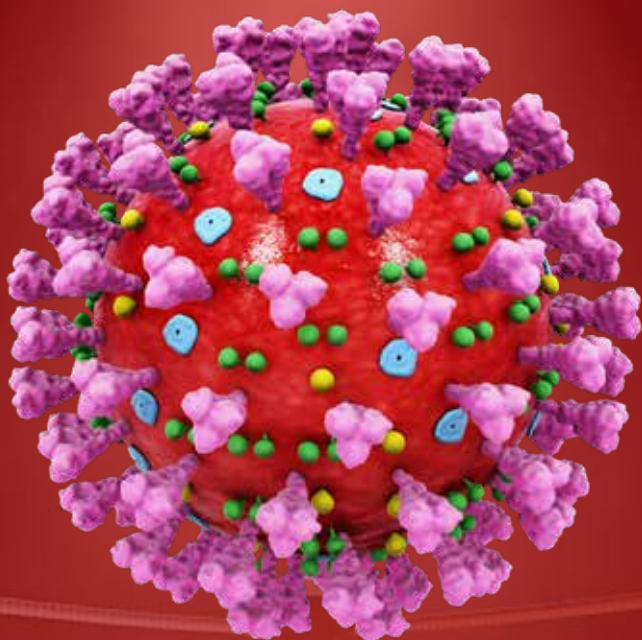
Somos contemporáneos del bordador Amaya. Las mismas tribulaciones.

Jueves 26 de marzo de 2020.

JORGE PEDRO URIBE LLAMAS (Ciudad de México, 1980) es autor de *Amor por la Ciudad de México* (Paralelo 21, 2015), *Novísima grandeza mexicana* (Paralelo 21, 2017) y otros libros. Pertenece al Seminario de Cultura Mexicana y el Colegio de Cronistas de la Ciudad de México. Entre 2016 y 2019 condujo el podcast «Ciudad de México», disponible en Spotify.

Índice

- 5 DISGUSTO EN CONOCERLO
 Sonia Evangelina Alcántar Jaime
- 13 LA CEGUERA EN TIEMPOS DE CORONAVIRUS
 Diana Hernández
- 19 DESDE CUBA 78
 Jorge Pedro Uribe Llamas



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES